

La conducta prosocial

Agustín MOÑIVAS*

Resumen

La conducta prosocial —cualquier comportamiento que beneficia a otros o que tiene consecuencias sociales positivas— toma muchas formas, incluyendo las conductas de ayuda, cooperación y solidaridad. Con el término altruismo nos referimos a las acciones prosociales costosas, llevadas a cabo voluntariamente, y cuya motivación primaria es beneficiar a los otros. Las distintas perspectivas se orientan según la teoría, los factores situacionales o el tipo de tarea, según los factores situacionales o según el tipo de tareas a realizar. Este artículo se enfoca desde una perspectiva cognitiva: procesos cognitivos, afectivos y motivacionales así como inteligencia y personalidad. El conocimiento de dicho tipo de conducta puede servir para construir una sociedad más prosocial; por ejemplo, aunque los niños suelen ser más prosociales en la medida que pueden adoptar diferentes perspectivas, los educadores pueden servir de las recompensas, de exponerlos a modelos de aprendizaje prosociales y cooperativos. De manera similar, podemos aplicar los logros de la investigación a los adultos.

En todas las épocas hacer cosas por los demás ha sido considerado un valor social básico, siendo por definición prosocial. Sin embargo, las ciencias sociales, en su corta historia, dieron más importancia al estudio de conductas negativas o antisociales; fue a partir de la década de los setenta cuando comenzaron a

Abstract

Prosocial behavior —behavior that benefits others or has positive social consequences— takes many forms, including helping behaviors and cooperation and solidarity. The terms altruism is reserved for voluntary, costly prosocial acts whose primary motivation is to benefit another person. Different perspectives emphasizes theories, situational factors and tasks to do. In this article we emphasize the cognitives and connative processes, also intelligence and personal characteristic. Knowledge of prosocial behavior can be used to build a more prosocial society. For example, although children normally become more prosocially oriented with age, they can be encouraged further through judicious use of rewards, exposure to prosocial models, and every opportunities to behave prosocially. Similar, we can apply social-psychological research to encourage adults to behave more prosocially if we understand their motivations, factors that inhibit helping may enable people to overcome these barriers and acts in more prosocial ways.

estudiar conductas positivas; éstas, recientemente, han recibido el nombre de prosociales. Su estudio, investigación, evaluación, enseñanza e intervención asistencial suele tener dos finalidades: potenciar desde la infancia las conductas de solidaridad, tolerancia, cooperación y ayuda —a través del desarrollo de representaciones,

* Profesor Titular de Psicología Básica, E.U.T.S., (U.C.M.)

modelos y habilidades prosociales—, y prevenir las conductas antisociales como la agresión, la violencia, la delincuencia, la indiferencia ante los problemas de los otros, el sexismo, la xenofobia, la falta de conciencia ecológica, etc.

Si partimos de la premisa de que las conductas prosociales y las conductas egoístas pueden ser inherentes a toda actividad, podemos hacernos las siguientes preguntas: ¿Qué hace que nos comportemos de un modo u otro? ¿Son pautas de comportamiento hereditarias o aprendidas? ¿Hay diferencias entre los animales y los seres humanos? ¿Entre sociedades individualistas y colectivistas? Una opinión muy extendida es que el egoísmo está a la base de cualquier tipo de interacción, que nuestra meta es maximizar las recompensas y minimizar los costes; es lo que los economistas llaman el análisis de costes-beneficios, los filósofos utilitarismo y los psicólogos intercambio social. Sin embargo, teorías provenientes de distintas ciencias ponen de manifiesto la influencia de otros factores en las conductas prosociales de ayuda y cooperación. ¿Es posible, pues, la conducta prosocial altruista? ¿Puede una persona ir más allá de los límites del beneficio propio y prestar ayuda motivada por el bienestar de los demás?

En nuestro quehacer cotidiano solemos participar en múltiples redes de asistencia (familia, comunidad, trabajo, amigos, pertenencia a distintas organizaciones...), pero tanto la ayuda que damos como la que recibimos tienden a pasar, con harta frecuencia,

desapercibidas, ya que entran dentro de nuestros roles (padre, profesor, profesión social, terapeuta, cargo directivo o voluntario, entre otros muchos. Ante ello, y para contestar al dilema egoísmo/altruismo, nos servimos de dos casos ocurridos recientemente en Madrid y que ejemplifican el tipo de ayuda que se presta a un desconocido en una situación de emergencia.

Los hechos

El pasado 30 de abril, Milud Jeldari, un joven argelino, al tratar de prestar ayuda a una joven estudiante de 16 años, que estaba siendo agredida por un grupo de individuos, cayó a los rails del Metro, empujado por uno de los agresores, perdiendo una pierna y un ojo.

Qué diferente dicho tipo de conducta de la que delata Rafael Ballarín —granjero y albañil oscense de 23 años—, acusado de la muerte de Alberto Guindo: “Nadie hizo nada para evitarlo, aunque muchos presenciaron la pelea”. Hacia las cinco de la madrugada del pasado 1 de diciembre, según el relato de Rafael a unos amigos, antes de ser detenido en Graus (Huesca) el pasado 4 de diciembre, Rafael y Valle —una compañera conocida años atrás— salían de una discoteca de la calle Barquillo. Ya en el exterior, todo sucedió de improviso. Un grupo de jóvenes se acercó a la pareja y, tras un cruce de insultos, al parecer motivados por la aparicencia y vestimenta trasnochada de Rafael —rockero paleta y rural—, éste se vio en

el suelo, recibiendo varios golpes mientras contemplaba cómo su compañera también era agredida. No recuerda cómo, pero ambos lograron zafarse del grupo que los acosaba. Sólo unas horas más tarde conocería el dramático alcance de la pelea —en la que empleo una navaja— y, abatido ante sus amigos, aseguraría que todo podía haber sucedido de otra manera no menos trágica. NADIE INTERVI-NO. "Mi amiga y yo —explicó a quienes escuchaban horrorizados lo ocurrido— estaríamos ahora muertos en mitad de la calle, sin que nadie hubiera hecho nada par evitarlo, como nadie hizo nada para que esto no hubiera ocurrido nunca, a pesar de la multitud que estaba presenciando la agresión que sufríamos mi compañera y yo, en pleno centro de Madrid (J. Giner, *El Mundo*, 8 diciembre 1996).

El sentido común nos dice que, en el primer caso, un hombre es más proclive a prestar ayuda a una mujer o a un niño en una situación de emergencia y que los testigos presenciales, en el segundo caso, se comportaron de manera indiferente y apática. Pero, distintas investigaciones, como tendremos ocasión de ver más adelante, ponen de manifiesto la influencia de factores personales, como la representación del otro, y factores situacionales, como el número de observadores —que dan lugar a la difusión de la responsabilidad—, en la interpretación de los hechos.

En concreto, en este artículo, tras precisar el concepto y las distintas teorías de la conducta prosocial, ésta la analizaremos desde la psicología cog-

nitiva del procesamiento de la información, dada la importancia que las representaciones mentales tienen en la determinación de la conducta; abordaremos las implicaciones de los dos grandes sistemas personales: el cognitivo y el afectivo-motivacional; para ir de un sistema a otro nos serviremos de dos constructos complejos: la inteligencia —yendo de la inteligencia como CI a la inteligencia emocional—, y la personalidad. Integraremos todo lo dicho en el Modelo Multifactorial Sistémico (Royce y Powell, 1983), ya que junto a los sistemas cognitivo, afectivo, sensorial y motor, también considera a los valores y al estilo personal como sistemas, dando lugar, en sus interacciones, al supra-sistema o nivel de personalidad integradora (véase Fig. 1). Asimismo, tendremos en cuenta el sistema ambiental, ya que una conducta específica no tiene valor en sí misma si no está contextualizada. Terminaremos con la perspectiva del desarrollo evolutivo del individuo y los aspectos sociales y culturales, así como con los programas que promueven dicho comportamiento y previenen las conducta antisociales.

La terminología

Según la episteme de los tiempos, la conducta prosocial, una de las formas del comportamiento moral, se ha asociado, en las distintas investigaciones, con las conductas de consuelo, dar, ayuda, altruismo, confianza, compartir, asistencia, cooperación....., siendo la última en venir a escena la conducta de solidaridad. Esta profu-

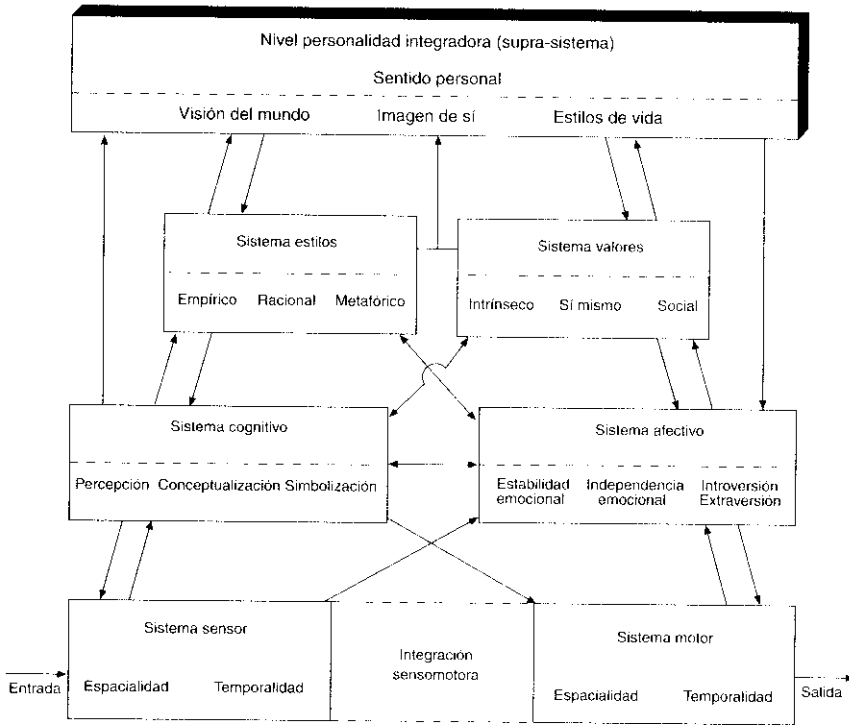


Fig. 1. Sistemas básicos e interacciones de personalidad integradora (Royce & Powell, 1983, p. 13).

sión de comportamientos que componen la conducta prosocial hace difícil un acuerdo sobre su definición.

La conducta de *ayuda* puede ser definida como “una conducta positiva que se realiza para beneficiar a otro” y la conducta de *cooperación* como “un intercambio social que ocurre cuando dos o más personas coordinan sus acciones para obtener un beneficio común, es decir, un intercambio en el que los individuos se dan ayuda entre sí para contribuir a un fin común” (Ga-

raigordobil, 1995, p. 116). Pero de todos los conceptos anteriormente referidos, la conducta prosocial se ha identificado más con la de altruismo, el tipo de comportamiento moral más elevado. La noción de *altruismo* está relacionada con la noción de justicia, de lo que es justo (por ej., un individuo que contribuye a un proyecto más de lo que los demás consideran justo puede ser considerado altruista). Ver tabla 1, para diferentes ejemplos de conductas prosocial.

Tabla 1. Ejemplos de conducta prosocial

Ser miembro activo de movimientos sociales.
Trabajar como voluntario en ONGs.
Responder a campañas de ayuda.
Ser solidario con la defensa de una causa.
Tener una motivación por el trabajo más allá del dinero y el poder.
Crear puestos de trabajo.
Pagar los impuestos.
Cuidar de familiares y amigos.
Vivir con un anciano a cambio de alojamiento.
Donar sangre.
Cuidar del medio ambiente a través de movimientos ecologistas.
Prestar ayuda en situaciones de emergencia.
Comprender las razones del otro.
Realizar las tareas domésticas en una familia o comunidad.

Más cómo distinguir entre altruismo y conducta prosocial. La falta de acuerdo proviene de si hay que tener en cuenta a la motivación en la definición del concepto; el hecho de que la mayoría de los motivos no sean directamente observables, hace difícil evaluar un comportamiento de altruista; es más, ni siquiera el propio actor suele ser consciente, en un momento dado, de todos los factores que influyen en su comportamiento, dando como mucho una explicación/atribución más o menos plausible de dicha conducta.

No obstante, las distintas definiciones se suelen sintetizar en dos grandes grupos: a) las que no distinguen entre conducta prosocial y conducta altruista y, b) las que, teniendo en consideración a la motivación, distinguen entre conducta prosocial y conducta altruista (Chacón, 1986, en-

tre otros muchos). González Portal (1995) integra ambas perspectivas al entender por conducta prosocial "toda conducta social positiva con/sin motivación altruista" (p. 36). Según Heider, 1958, y Leeds, 1963, para que un acto sea considerado altruista debe de cumplir tres condiciones: "a) que la conducta sea emitida voluntariamente, b) que el receptor se beneficie de alguna forma con la acción del benefactor y, c) que el que emite el acto incurra en algún coste para beneficiar al otro. Esta última condición es la que diferencia el altruismo de la conducta prosocial; es decir, una conducta voluntaria que suponga un beneficio para otro será prosocial, pero sólo será altruista si, además, implica algún coste para el autor" (cf. Gaviria, 1996, p. 478). Toda conducta altruista, pues, es prosocial, aunque no toda conducta prosocial es altruista (véase tabla 2).

Tabla 2. Conductas prosociales altruistas y prosociales no altruistas.

Prosociales altruistas	Prosociales no altruistas
Hacer algo por alguien sin esperar nada a cambio (la acción desinteresada).	Hacer algo por alguien sabiendo que obtendremos algún beneficio.
Ocultar nuestra identidad cuando llevamos a cabo algún tipo de ayuda (dar dinero, objetos para una subasta...).	Revelar nuestra identidad cuando llevamos a cabo algún tipo de ayuda
Arriesgar la vida, espontáneamente, por un grupo o persona	Llevar a cabo acciones peligrosas calculando los beneficios.
Donar órganos en vida.	Donar órganos después de muerto.
Adoptar a un niño teniendo hijos biológicos.	Apadrinar a un niño del tercer mundo.

La determinación de las conductas prosociales.

Para otros investigadores, en cambio, si la conducta altruista sólo supusiera costes para el que la exhibe sin ningún beneficio, es más que dudoso que hubiera sido seleccionada en el proceso evolutivo (véase Salvin y Kriegman, 1992, para un resumen de las teorías evolucionistas que hacen hincapié en el valor adaptativo del altruismo). Según el modelo evolucionista de Trivers, 1971, el altruismo hacia individuos no emparentados ha sido seleccionado mediante el mecanismo de la reciprocidad (cf. Hinde y Groebel, 1995).

Partiendo de conductas prosociales en los animales, la sociobiología trata de explicar la determinación genética de la conducta prosocial en la diferentes culturas humanas. Mas, para algunos autores, la existencia de

sociedades humanas complejas es una evidencia de al menos algún grado de cooperación; la conducta cooperativa humana es única en el mundo orgánico porque se produce en sociedades compuestas por grandes cantidades de individuos no emparentados entre sí. En el mundo animal, cuando hay cooperación, los individuos están estrechamente emparentados entre sí. El parentesco y la reciprocidad son dos fuentes de interacción social no aleatoria en el mundo animal; un favor se paga con otro favor, según el primatólogo de Waal (1993).

No obstante, para Brown (1986) el altruismo humano va más allá de los confines del darwinismo porque la evolución humana no sólo es de naturaleza biológica sino también cultural y, de hecho, en tiempos recientes es principalmente cultural. Para Wilson (1978, p. 167) la tendencia genética

La conducta prosocial

—y los modelos de socialización experimentados en el medio familiar y social por el niño, diríamos nosotros— a ayudar a nuestros parientes y a extraños que se nos parecen es una ventaja ambigua, ya que “el altruismo basado en la selección de los parientes es el enemigo de la civilización, si los seres humanos se ven, en gran parte, inclinados a favorecer a sus propios parientes y a su tribu, sólo es posible una armonía global limitada”. La capacidad de formar el tipo de grupos que pueden ser de ayuda, depende según Fukuyama (1995) de la confianza. Si una sociedad tiene una cultura de confianza y, sobre todo, si sus miembros tienen la capacidad de confiar en gente que no sea de su familia, genera 'capital social', tan útil como el capital financiero para su bienestar

económico. El capital social es crucial para la prosperidad y para lo que se ha acabado llamando competitividad.

Desde una perspectiva filosófica (Heal, 1995; cf. Hinde y Groebel, 1995) mantiene que aunque experimentalmente sea difícil mantener la existencia de un altruismo puro, el hecho de que podamos mantenerlo como una utopía es importante en sí mismo, ya que ofrece un objetivo al educador y al legislador. Desde esta consideración el altruismo puede comprenderse mejor en relación al contexto social y a la percepción que tiene el actor de ese contexto, que como un fenómeno aislado interno al actor.

En consonancia con lo dicho hasta ahora, y más allá que la investigación básica tiende a formular modelos nomotéticos, el modelo de Royce y

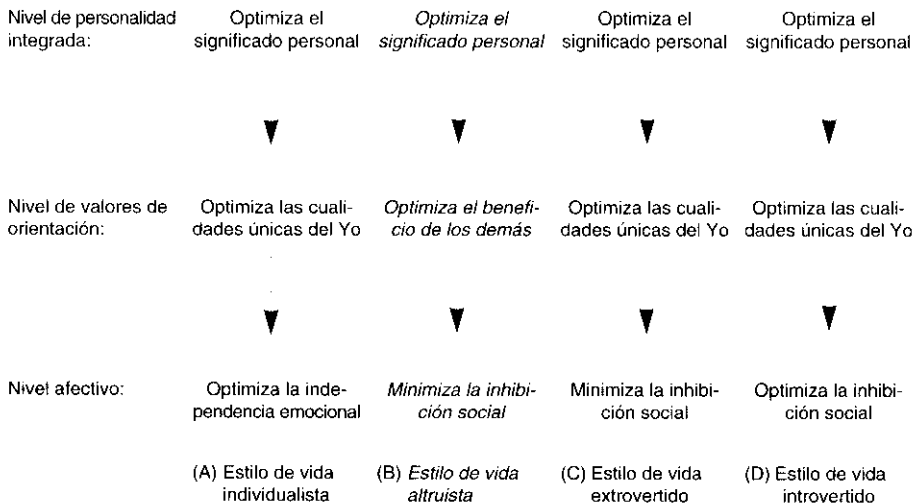


Fig. 2. Estilos de vida: estructuras de decisión multinivel como posible base para clasificar las jerarquías existenciales (Royce & Powell, 1983, p. 203).

Powell, antes referido, tiene en cuenta los aspectos idiográficos, dando lugar a un sistema de estilos, en el que queda reflejado el estilo de vida que da lugar a la conducta prosocial altruista (véase Fig. 2).

Las teorías.

Si profusa es la terminología de las conductas prosociales, más lo son aún las teorías. Lo único que tienen en común las distintas definiciones es la idea de conducta social positiva. A partir de aquí, las distintas posiciones hacen hincapié en: a) factores biológicos y etológicos, b) factores situacionales, c) procesos cognitivos, d) procesos afectivos y motivacionales, e) constructos complejos (inteligencia y personalidad), f) factores sociales y, g) factores culturales. Esta profusión de enfoques hace que dicho tipo de conducta pueda ser abordada desde una perspectiva sistémica. Cuatro enfoques clásicos de lo que es actuar prosocialmente son: el psicoanálisis, el cognitivo-evolutivo, el aprendizaje y la sociobiología.

Más ampliamente, Schneider, 1988, distingue tres tipos de orientaciones para explicar que mueve al ser humano a actuar prosocialmente o ayudar, según acentuemos la fundamentación teórica, la situación de los sujetos implicados o el tipo de tarea a realizar (cf. Gordillo, 1996, p. 18). Estos tres enfoques incluyen teorías provenientes de distintas ciencias. La orientación teórica incluye: las normas sociales (lo societal), los costes-beneficios, la toma de decisiones, el apren-

dizaje, la emoción (empatía), la consistencia entre actitudes y conducta y la reactancia (estado motivacional para recuperar la libertad perdida). La orientación según la situación incluye: el número de personas presentes, la falta de ambigüedad de las situaciones, la capacidad de ayudar eficazmente, el grado de incomodidad y la relación entre el agente y el necesitado. Y la orientación según el tipo de tarea incluye: la dimensión de los costes, las clasificaciones intuitivas y las clasificaciones de base empíricas.

La psicología básica: procesos cognitivos, motivación y emoción.

La psicología cognitiva actual, en cuanto psicología básica, estudia cómo las personas mediante el procesamiento de la información se representan el mundo y cómo dichas representaciones determinan la conducta. No haremos distinción entre representación cognitiva y representación social, ya que son las dos caras de una misma moneda (Mayor y Moñivas, 1992). Constructos cognitivos implicados en la secuencia cognición-acción, de cara al tema que nos ocupa son las metas, las expectativas, los valores y las atribuciones. La representación cognitiva, pues, de una meta, una expectativa y una atribución influirá en los estados motivacionales y, en consecuencia, en la acción.

La importancia de la cognición en las conductas prosociales se pone de manifiesto porque éstas implican: a) un cierto grado de comprensión de las

necesidades ajenas —ponerse en la posición del otro—, b) la intervención del razonamiento moral para decidir el curso correcto de la acción y c) la posibilidad de responder vicariamente a las emociones de los demás. Normalmente, también son el resultado de procesos de toma de decisiones en los que se sopesan diferentes motivos, valores, principios, necesidades, deseos personales y estados personales. Las personas responden a una situación de manera subjetiva, en función de cómo la perciben, y no de cómo la situación es en sí; diferentes personas, pues, percibirán una misma situación objetiva de maneras diferentes al procesar diferentes aspectos de la misma; es más, para un mismo sujeto la misma situación es interpretada de modo distintos en diferentes momentos. Cualquier situación es interpretada en función de los esquemas y guiones del sujeto; el que se activen unos u otros depende de los estados

de ánimo del sujeto, la presión del tiempo, las experiencias anteriores... (véase figura 3).

Desde la psicología, pues, la conducta prosocial es un *constructo componencial*, ya que hay varios sistemas y capacidades individuales implicados, tanto cognitivos como afectivos, influyéndose mutuamente, así como con variables como la experiencia, expectativas, recompensas, factores disposicionales y factores situacionales (véase tabla 3); nuestro estado de ánimo, por ejemplo, influye en varios procesos cognitivos (atención, percepción, memoria, juicio, pensamiento y resolución de problemas) que a su vez influyen en las conductas prosociales o antisociales, ya que la cognición es un proceso activo y constructivo y los motivos del individuo desempeñan un papel importante en el procesamiento y recuperación de la información. Las figuras 1 y 2 antes referidas dan buena cuenta de ello.

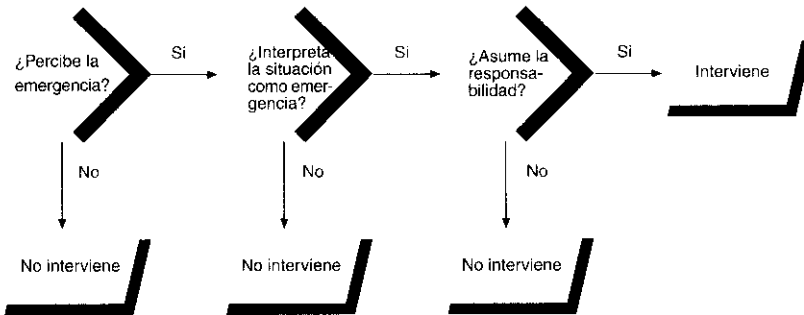


Fig. 3. El proceso de la toma de decisiones en la intervención del espectador.
(A partir de Latané y Darley, 1970).

Respecto a la motivación, cabe señalar que no siempre somos conscientes de nuestras conductas prosociales o antisociales. Desde el sentido común es frecuente escuchar 'lo hice porque sí'. Pero en diferentes investigaciones se ha puesto de manifiesto que las personas que reciben o encuentran un dinero sin esperarlo ayudan más fácilmente a un extraño en apuros que las que no lo han recibido. Se sonríe más en un día de sol que nublado, al tiempo que hay más actos agresivos en días de calor. Las emociones, por su parte, puede actuar como motivos para la acción (p. ej., la rabia por no haber conseguido una beca u oposición —emoción— puede ser el motivo desencadenante de no prestar ayuda a un compañero que la solicita). Las emociones facilitan la adaptación del individuo tanto a su entorno físico como social. La perspectiva psicoevolutiva de la emoción nos dice que las emociones son organizadoras positivas, funcionales propositivas y adaptativas de la conducta. Una de las cuatro funciones que Izard (1989) atribuye a las emociones es la de promover la conducta prosocial. Dos constructos emocionales son el afecto positivo y la empatía.

El concepto de *afecto positivo* ha permitido organizar gran cantidad de investigaciones que demuestran que la emoción positiva aumenta nuestras tendencias prosociales. Para Isen (1987) bajo la influencia de acontecimientos vitales que aumentan en el afecto positivo (música agradable, pensar en cosas positivas, tener éxito en una tarea, recibir un regalo), las

personas suelen mostrarse más prosociales, es decir, más sociables, cooperativas, y ayudar más a los demás. Cuando las personas están influenciadas de esta manera, tienden a hacer más donaciones, muestran mayor deseo de iniciar conversaciones, expresan más agrado ante los demás y son más benevolentes consigo mismas.

Simpatía y *empatía* sirven como base motivacional para la conducta prosocial. La simpatía se refiere a sentimientos de pena o preocupación por la situación de otra persona. La empatía emocional, en cambio, se refiere a una reacción emocional vicaria ante el estado o situación emocional de otra persona que es congruente con ese estado o situación emocional (una persona alegre siente más empatía por una alegre que por otra triste).

La inteligencia.

La inteligencia ha sido, quizás, el constructo más investigado en la Psicología como ciencia y, sobre todo, el área de la Psicología que ha producido una mayor tecnología. Sin embargo, se ha comprobado que los sujetos que responden bien ante las clásicas pruebas psicométricas no son los que tienen una mejor adaptación social. Se ha observado que la inteligencia tiene una relación directa con la capacidad de las personas de comprender y responder en las relaciones interpersonales de manera apropiada. En este sentido, Gardner (1995), autor de la teoría de las inteligencias múltiples, define la *inteligencia interpersonal* como "la capacidad para entender a las otras personas: lo que les motiva, có-

mo trabajan, cómo trabajar con ellos de forma de cooperativa" (p. 26).

La pruebas de CI predicen el rendimiento escolar, pero no son capaces de predecir con fiabilidad el éxito ni el rendimiento laboral. Además la inteligencia académica no favorece una preparación objetiva para los acontecimientos vitales. La inteligencia, en cuanto coeficiente intelectual, no parece influir directamente en la conducta prosocial, ya que las correlaciones obtenidas son bajas. Más bien parece incidir indirectamente por medio de la adopción de perspectivas y del razonamiento moral. Sólo cuando el tipo de tareas para evaluar la conducta prosocial implica aptitudes académicas, la correlación parece ser mayor.

Sin embargo la metacognición de los problemas sociales o necesidades, es decir la conciencia cognitiva, puede llevar a una respuesta emocional o empática, que puede actuar como base motivacional para acciones prosociales. En lo dicho están implicadas dos cosas de suma importancia: que la inteligencia emocional, no la intelectual, y las emociones pueden actuar como motivos que desencadenen la conducta prosocial. Diferentes investigaciones muestran que emoción y cognición pueden ser causa o efecto, una respecto de la otra (Hoffman, 1984).

La *inteligencia emocional* es un constructo que a pesar de haber sido apuntado en algunos trabajos, como los de Gardner (1993), entre otros muchos autores, no ha sido desarrollado de manera específica. Para Goleman (1995), autor del libro "Emotional Inte-

lligence", no es sólo una puntuación sino un conjunto de aptitudes y actitudes que posee el individuo para adaptarse al medio; la inteligencia emocional comprende una serie de capacidades, no reflejadas en el CI, como "la capacidad de motivarnos a nosotros mismos, perseverar en el empeño a pesar de las frustraciones, de controlar los impulsos, de diferir las recompensas, de regular nuestros estados de ánimo, de evitar que la angustia interfiera con nuestra capacidad para razonar y de empatizar y confiar" (p. 34). Las personas empáticas, por su capacidad para reconocer las emociones ajenas, suelen reaccionar a señales sociales sutiles, indicativas de qué necesitan o quieren los demás; este tipo de inteligencia hace a las personas más aptas para el desempeño de profesiones sociales cuyo éxito se juega en el cara a cara o en las relaciones interpersonales (docencia, sanidad, trabajo social, terapia, coordinación y dirección de grupos, etc.).

La interpretación de los hechos

Tras este desarrollo teórico, para ver los distintos sistemas y variables implicados en la conducta prosocial, podemos volver a los casos de los jóvenes argelino y oscense, a partir de la Tabla 3. En el caso de Milud parece claro que percibió una emergencia y respondió a la misma de una manera empática y emocional, no permitiéndole prever los posibles riesgos de su acción, ya que la víctima necesitaba y merecía ayuda (chica menor que él y

Tabla 3. Factores que influyen en la conducta prosocial.

El reconocimiento de que existe una emergencia.
El número de personas presentes (efecto del espectador): difusión de la responsabilidad
Quién es la víctima (la víctima parece necesitar y merecer ayuda)
Los peligros potenciales que encierra la acción
Los modelos y normas sociales (lo societal)
Nuestra experiencia previa (haber recibido ayuda en situaciones similares)
Acabar de observar que otra persona ayuda.
Tener o no tener prisa,
La víctima parece necesitar y merecer ayuda.
La víctima en cierto modo se nos parece.
Estar en una gran urbe o en una pequeña ciudad o medio rural.
Sentirse culpable.
Los estados de ánimo (pensamiento positivo)

de una cultura valorada por él, en la que, voluntariamente, venía a integrarse); al mismo tiempo, tenía todo el tiempo del mundo por su condición de inmigrante ilegal. Paradójicamente, otro motivo, o quizá el principal de su conducta prosocial altruista, era sentirse culpable, ya que hace pocos días había tenido conductas antisociales para sobrevivir; conductas por las que se le instruye una causa y en la que su heroísmo se tendrá en cuenta (Paz Álvarez, *El País*, 14 septiembre 1996). Esta última variable, la culpa, nos permite interpretar de otra posible manera el comportamiento altruista por excelencia: el del buen samaritano. No sabemos sus experiencias previas — si antes había sido objeto de, o había observado, la misma conducta (modelado prosocial) o si resarcía alguna tipo de culpa. En cualquier caso es un modelo a imitar. Pero lo que nos plantea son los motivos de cualquier com-

portamiento y si hay motivación altruista sin ningún beneficio.

Por lo que respecta a lo que denuncia Rafael Ballarín —“NADIE INTERVINO: Nadie hizo nada para evitarlo, aunque muchos presenciaron la pelea”— pone de manifiesto el “efecto del espectador” (Latané y Darley, 1970), tras los experimentos a que dió lugar el asesinato de Kitty Genovés en New York, en 1964. Treinta y ocho personas se vieron inmersas en una investigación, policial y periodística, para dilucidar por qué algunas personas emprenden una acción para ayudar a un extraño, mientras otras no hacen nada. Las 38 personas, ciudadanos neoyorquinos bien acomodados, encendieron varias veces las luces de sus apartamentos entre las 3.20 y las 3.50 de la madrugada ante los gritos que provenían de la calle; a esa hora Kitty, al regresar de su trabajo, era apuñalada; en ese intervalo de

tiempo el agresor la atacó tres veces, pero ninguno de los vecinos acudió en su ayuda; la policía recibió la primera llamada hacia las 3.50, cuando el agresor había consumado su acto (Rosenthal, New York Times, 27 marzo 1964; cf. Gross, 1994).

El "efecto del espectador" (bystander effect), explica por qué, a veces, cuando las personas solicitan ayuda o cuando vemos que alguien tiene problemas, manifestamos indiferencia o apatía, ya que normalmente no ocurre así. Latané y Darley (1970) manifiestan que es necesario percibir el incidente, interpretarlo como una emergencia y asumir la responsabilidad para que se dé la conducta de ayuda (véase más arriba la figura 3). Pero ocurre que las situaciones, a veces, son ambiguas y el número de personas que presencian un acontecimiento influyen en nuestra interpretación del mismo y en nuestras posibilidades de acción, difuminándose la responsabilidad. Cuando la emergencia es clara y no tenemos distancia con la situación, es muy probable la conducta de ayuda por parte de algún espectador presencial, pero cuando la situación es ambigua miramos a los demás para ver cómo están interpretando la situación; si nadie hace nada podemos interpretar nuestra disposición para la acción como un exceso y nos inhibiremos. Paradójicamente, en el caso de Kitty no fue la ambigüedad de la situación, ya que la emergencia era clara, sino la interpretación del acontecimiento a distancia y pensar que otros vecinos ayudarían o llamarían a la policía —eran muchas las luces encendidas a una hora intempestiva— lo que motivo que nadie ayudara. En varios

experimentos se ha obtenido evidencia que cuando un individuo está solo o cuanto más reducido es un grupo, más probabilidades hay de conducta de ayuda.

El caso de Rafael, su vestimenta y aspecto rural y foráneo, la excitación que produce una pelea entre los jóvenes y lo numeroso de la otra parte implicada en la pelea, no permitió prever los peligros. Dicho caso plantea también el problema de las representaciones previas en el curso de la acción y el de las atribuciones sobre un sujeto en función contexto. Pese a tener plena certeza de la identidad de la persona a la que buscaba, la Policía había dibujado, sin embargo, un perfil equivocado. Buscaban a un punki, quizá hecho a la dura supervivencia del callejeo madrileño, capaz de reaccionar violentamente ante los enfrentamientos entre tribus y de navaja fácil. Así lo habían retratado también los medios de comunicación que recogieron la versión de la policía y de los amigos de Alberto. Las primeras investigaciones policiales, basándose en declaraciones de amigos de la víctima, relacionaron erróneamente al homicida con un punki y después con un bakaladero. También se especuló con la posibilidad de que el sospechoso fuese un delincuente.

Sin embargo, ninguno de los vecinos preguntados en las localidades del municipio de Grau considera a Rafael ni rockero, ni punki ni nada por el estilo. ¡Por no ser, dicen, ese chico no era ni urbano! El mismo delegado del Gobierno en Madrid, y el jefe superior de Policía le han calificado de "perso-

na absolutamente normal", en rueda de prensa para explicar los detalles de su detención. Declaración que la familia de Alberto exige que sea rectificadada. ¿Cómo se puede decir que una persona que saca una navaja automática y la utiliza para matar a un joven y herir gravemente a otro es absolutamente normal?

Vemos, pues, lo paradójico y poliédrico de la conducta humana, dada la multiplicidad de factores que pueden intervenir en una situación concreta. Un sujeto encausado salva la vida a una joven y un joven acusado de homicidio es considerado como normal por las autoridades.

Hacia una sociedad prosocial: niños más prosociales

Tres aspectos que suelen subrayarse en relación con el desarrollo de la cognición, siguiendo a Piaget, son: la adopción de perspectivas, la comprensión de las emociones de los otros y la manera en que conceptualizan y resuelven dilemas morales. Con el desarrollo de la cognición en general, existe la expectativa de que según se desarrolla la capacidad del niño para comprender la perspectiva de otro niño u adulto, también se desarrolla la habilidad para reaccionar de una manera adecuada y sensible a sus necesidades y problemas. Para Hoffman (1984) esta toma de conciencia permite al niño empatizar y simpatizar con las condiciones generales de los otros (p. ej., las de los desfavorecidos eco-

nómicamente, los enfermos, los oprimidos políticamente...

Bastante a menudo se parte de la hipótesis que el efecto de la adopción de perspectivas en la conducta moral se ejerce por medio de su efecto en el proceso de razonamiento moral. Los estudios de Piaget y las investigaciones de Kohlberg (1992), al centrarse en el razonamiento sobre la justicia, asumen que "el niño en desarrollo era un filósofo que construía significados sobre categorías o cuestiones universales tales como la justicia. Así, pues, elegí como casos para producir razonamiento, dilemas hipotéticos para producir un razonamiento, dilemas hipotéticos de antigua cosecha discutidos por los filósofos" (p. 33). Pero sólo las investigaciones más recientes permiten hablar de *razonamiento moral prosocial*; en ellas se plantean al niño dilemas morales en los que razonan sobre un conflicto entre sus propias necesidades y las necesidades de otras personas; un dilema estrictamente prosocial, frente a uno moral, es decidir entre ayudar a alguien necesitado y afligido o seguir los propios intereses. Eisenberg et al. (cf. Garai-gordobil, 1995), llegan a proponer una teoría del *juicio moral prosocial* en cinco etapas, según los niveles de desarrollo moral, pero no universales.

Sin embargo, la investigación más reciente ha obtenido evidencia que los niños a partir de los 14 meses son capaces de llevar a cabo conductas prosociales moldeadas por los adultos; por ejemplo, en niños de 15 a 20 meses, las inducciones son eficaces si se verbalizan con una fuerte

carga emocional (mostrando cólera, preocupación). El tipo de conductas de apego o vínculos afectivos —aparecen hacia los siete meses—, serán determinantes de la capacidad empática (para la influencia del apego en el altruismo, véase López, F. et al., 1993).

Dado de que no disponemos del espacio que nos hubiese permitido dar una visión somera de este apartado, así como de los padres, la escuela y los medios de comunicación como principales agentes de socialización, remitimos al lector a la bibliografía del siguiente apartado, en relación con los programas.

Programas de intervención

Distintas Cartas Interacionales y legislaciones educativas de los Estados destacan como uno de los objetivos prioritarios de la educación "la formación para la paz, la cooperación y la solidaridad entre los pueblos y el ejercicio de la tolerancia y la libertad dentro de los límites de los principios democráticos de la convivencia (Díaz-Aguado, 1996, p. 158).

El sistema educativo, con harta frecuencia, ha tenido un objetivo casi único: la adquisición de conocimientos, es decir, el desarrollo cognitivo del niño. La Reforma Educativa en curso, sin embargo, hace explícito otro objetivo: la socialización infantil; objetivo que se instrumentaliza mediante programas que desarrollen las habilidades sociales y estimulen conductas prosociales, como por ejemplo, las de solidaridad, cooperación y altruismo.

Desde esta óptica, damos cuenta, tanto en español como en inglés, de algunos tipos de pruebas para la evaluación de la conducta prosocial, así como de programas y proyectos de intervención. En castellano puede consultarse:

— Hinde y Groebel (1995) para los estilos de interacción padres-hijos que pueden guardar relación con la conducta prosocial; la influencia de las exhortaciones morales, instrucciones directas y asignación de responsabilidades y las características del socializador, el niño y el contexto.

— González Portal (1995), para la evaluación e intervención de la conducta prosocial tanto en su desarrollo como en la prevención y tratamiento de las conductas antisociales.

— Díaz-Aguado (1996 y en prensa) para modelos de intervención que permitan convertir la Escuela en el lugar idóneo en el que se pueda construir activamente la igualdad, la tolerancia y el respeto intercultural .

— Gordillo (1996), aporta un amplio estudio empírico del desarrollo del altruismo en la infancia y la adolescencia.

— Díaz-Aguado y Medrano (1994) para la evaluación del razonamiento moral en dilemas hipotéticos.

— Ortiz et al. (1993) para algunos predictores de la conducta prosocial-altruista en la infancia.

— Goñi et al. (1996) para la educación sociopersonal, todavía poco desarrollada en el curriculum; el actual sistema educativo continua dando más importancia a los conocimientos declarativos y procedimentales que a

las representaciones que los sujetos tienen acerca de sí mismos, de los otros y de la sociedad en que viven. En relación con la mayoría de las teorías y constructos tratados a lo largo de este artículo aportan un amplia bibliografía y actividades.

— Garaigordobil (1995 y en prensa) para un programa de juego que desarrolle la cooperación y la creatividad. Tres elementos conceptuales que han dado lugar a diversas teorías, y sus subsecuentes programas de intervención, que desarrollan la conducta prosocial son el juego, la cooperación y la creatividad compartida. El actual estado de la investigación permite decir que el juego es una actividad que promueve el desarrollo socioemocional, la cooperación con los demás, el autoconocimiento, la expresión de la personalidad, la asimilación de experiencias y la descarga de tensiones. Con respecto a los juegos de cooperación, la citada autora manifiesta que "promueven la comunicación, la cohesión y la confianza; enseñan a los niños a cooperar y compartir; potencian el desarrollo de la conducta prosocial; disminuyen las conductas pasivas y agresivas; facilitan la aceptación interracial" (p. 112).

En inglés, para el aprendizaje social y emocional, con evaluación de resultados, pueden consultarse los siguientes proyectos y programas:

— Proyecto de desarrollo social realizado en las escuelas de California (grado 6), Schaps y Battisich (1991) y Solomon et al. (1992). Esta última publicación aporta un programa que promueve el desarrollo de la conducta

prosocial en los niños.

— Proyecto de desarrollo social de Seattle. Compara escuelas en que se implementó el programa con otras en las que no se llevó a efecto e hicieron de grupo de control (Hawkins et al., 1991, 1992 y 1994).

— Programa de promoción de la competencia social de Yale-New Haven, llevado a cabo en los grados 5 al 8 en escuelas de New Haven (Elías y Wessberg, 1990; Caplan et al., 1992).

— Programa de resolución creativa de conflictos, llevado a cabo en el grado 12 en escuelas de New York (Metis Associetis, Inc., 1990).

— Proyecto de desarrollo de la autoconciencia social: aprendizaje de resolución de problemas sociales. Proyecto implementado en escuelas de New Jersey, en el grado 6 (Elías et al., 1991; Elías y Clabby, 1992). Las referencias de todas las obras citadas en inglés pueden encontrarse en Goleman, (1995, pp. 305-309).

Finalizamos con unas palabras sobre la reciprocidad y dos nuevas formas de ayuda. Muchas personas no aceptan o piden ayuda, al sentir que afecta a su autoestima, libertad, poder o que quedan en deuda con el benefactor. Karabenick y Kanapp (1988) dan cuenta de un experimento en el que un grupo de estudiantes tenían que resolver un problema de cierta dificultad para el que podían pedir ayuda a un tutor o una coputadora: en la condición personal sólo el 36% hicieron consultas al tutor mientras en la condición tecnológica lo hizo el 86%.

Otra nueva forma de ayuda es la que presentan personas que compar-

ten una misma experiencia o que tienen un mismo problema, es decir, los grupos de ayutoayuda: cada uno se reúne con sus pares al minimizarse los costes (recibir ayuda) y maximizarse los beneficios (conocimiento que otros tienen del mismo problema y maneras vitales de enfrentarlo). Como dice Lipovestky (1993) la edad post-moderna está obsesionada, junto con la información, por la expresión: de tal modo que todo está marcado por la etiqueta de lo cultural. Pero a Narciso hay que incorporarlo al orden de los circuitos y redes integradas: solidaridad del microgrupo, participación y animación benévolas. Hay que hablar de narciso colectivo: el deseo de encontrarse en confianza, con seres que comparten las mismas preocupaciones inmediatas y circunscritas.

Bibliografía

- BROWN, R. (1986). *Social Psychology*. New York: Free Press.
- CHACON, F. (1986). Una aproximación al concepto de conducta prosocial. *Boletín de Psicología*, 11, 41-62.
- DE WAAL, F. (1993). *La política de los chimpances*. Madrid: Alianza.
- DIAZ-AGUADO, M.ª J.ª (Ed.) (1994). *Todos iguales, todos diferentes* (5 Vols.). Madrid: ONCE.
- DIAZ-AGUADO, M.ª J.ª y Medrano, C. (1994). *Educación y razonamiento moral*. Bilbao: Mensajero.
- DIAZ-AGUADO, M.ª J.ª (1996). *Escuela y tolerancia*. Madrid: Pirámide.
- DIAZ-AGUADO, M.ª J.ª (en preparación). *Programas de prevención del racismo y la violencia en los jóvenes*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- FUKUYAMA, F. (1995). *The social Virtues and the creation of Prosperity*. New York: Free Press.
- GARAIGORDOBIL, M. (1995). *Psicología para el desarrollo de la cooperación y de la creatividad*. Bilbao: DDB.
- GARAIGORDOBIL, M. (en prensa). *Evaluación del impacto de un programa de intervención psicoeducativa en la conducta prosocial*. En M.ª T. Anguera (Ed.), *Metodología observacional en la investigación psicológica* (Vol. 5). Gardner, H. (1995). *Inteligencias múltiples. La teoría en la práctica*. Barcelona: Paidós.
- GAVIRIA, E. (1996). *Conflicto interpersonal en grupos de niños*. En F. Colmenares (Ed.), *Etología, psicología comparada y comportamiento animal*. Madrid: Síntesis.
- GOLEMAN, D. (1995). *Emotional Intelligence*. New York: Bantam Books.
- GONZALEZ PORTAL, M.D. (1995). *Conducta prosocial*. Madrid: Morata.
- GOÑI, A. (Ed.) (1996). *La educación sociopersonal*. Madrid: Fundamentos.
- GORDILLO, M.ª V. (1996). *Desarrollo del altruismo en la infancia y la adolescencia: una alternativa al modelo de Kohlberg*. Madrid: MEC.
- GROSS, R. D. (1994). *Psicología ciencia de la mente y la conducta*. México: Manual Moderno.
- HINDE, R. A. y GROEBEL, L. (1995) (Eds.). *Cooperación y conducta prosocial*. Madrid: Visor.
- HOFFMAN, M. L. (1984). *Interaccion of affect and cognition in empathy*. In C.E. Izard, J. Kagan & R.B. Zajonc (Eds.), *Emotion, Cognition and Behavior*. New York: CUP.
- IZARD, C.E. (1989). *The structure and functions of emotions. Implications for cognition, motivation, and personality*. In I.S. Cohen (Ed.), *The G. Stanley lecture series* (Vol. 9, pp. 39-73). Washington, DC: American Psychology Association.
- KARABENICK, S.A. y KNAPP, J.R. *Effects of computer privacy on helpseeking*. *Journal of Applied Social Psychology*, 18, 86-93.
- KOHLBERG, L. (1992). *Psicología del razonamiento moral*. Bilbao: DDB.
- LATANÉ, B. y DARLEY, J. M. (1970). *The unresponsive bystander: Why doesn't he help*. New York: Appleton-Century.
- LIPOVESTKY, G. (1993). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- LOPEZ, F. et al. (1993). *El altruismo*. En M.J. Ortiz & S. Yarnoz (Eds.), *Teorías del apego y relaciones afectivas*. Bilbao: UPV/EHU.
- MAYOR, J. y MONIVAS, A. (1992). «La representación del conocimiento: II Las representaciones sociales». En J. Mayor y J.L. Pinillos (Eds.), *Tratado de psicología*, Vol. 4: *Memoria y representación*. Madrid: Alhambra-Longman.
- ORTIZ, M. J. et al. (1993). *Algunos predictores de la conducta prosocial-altruista en la infancia: empatía, toma de perspectivas, apego, modelos parentales, disciplina familiar e imagen del ser humano*. *Revista de Psicología Social*, 8, 83-98.

ROYCE, J. R. y POWELL, A. (1983). Theory of personality and individual differences. Factor, systems, and processes. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.

SLAVIN, M. y KRIEGMAN, D. (1992). The adaptive design of human psyche. New York: Guilford Press.

WILSON, E. O. (1978). On human nature. Cambridge, MA.: Harvard University Press.

Agustín MOÑIVAS
Profesor Titular de Psicología Básica
E.U.T.S. (U.C.M)